

Capítulo II

EL BODY-PAINING
ARTE EFIMERO

A. Definiciones de Arte

En su libro *Über das Geistige in der Kunst* (1911; *Sobre lo espiritual en el arte*), el pintor ruso Wassily Kandinsky definía tres elementos constitutivos de toda obra de arte: el elemento de la personalidad, propio del artista; el elemento del estilo, propio de la época y del ambiente cultural; y el elemento de lo puro y eternamente artístico, propio del arte más allá de toda limitación espacial o temporal.

Aunque toda definición de un concepto como el de arte es problemática, la anterior nos permite apuntar tres rasgos característicos: el arte es el producto de un acto creativo, responde en cada momento - de forma directa o indirecta - a las concepciones ideológicas de la sociedad en que surge, y es universal, intrínseco al ser humano a lo largo de su historia. En una primera aproximación a lo que pueda ser el arte, pues, lo único que cabe afirmar es que toda creación artística constituye un resultado de la actividad del hombre. Los acontecimientos naturales, los fenómenos físicos, no son obras de arte, aunque sean bellos, y aun para ser considerados así es precisa la mirada de un ser humano.

Es evidente, sin embargo, que esta definición se agota en sí misma, pues tan sólo apunta el hecho de que existe una actividad humana llamada «arte», pero no proporciona ninguna indicación acerca de ella. De hecho, cuando se utiliza el término «arte» pueden dársele significados muy diversos.

En la antigüedad clásica se identificaba con la *tekné*, «técnica», y se consideraba como tal cualquier oficio que requiriera cierta habilidad y supusiera una manipulación de los elementos naturales; así, en la Florencia del Renacimiento se hablaba de artes mayores, medias y menores para referirse a distintas manufacturas. En las universidades medievales, la base de la transmisión del saber era la enseñanza de las siete artes liberales, que comprendían el *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía, música), y aún en fechas muy posteriores se

hablaba del «arte combinatoria» o del «arte de la guerra» sin que ello supusiera ningún empleo de recursos retóricos.

Tal definición, pese a todo, continúa siendo vaga, pues remite al problema de determinar en qué ha de consistir tal apreciación estética. A este respecto se distingue por lo general entre las bellas artes y las artes útiles. Las primeras, como la pintura o la escultura, constituyen un fin en sí mismas; las segundas - la orfebrería o la cerámica, por ejemplo - combinan el propósito estético con la utilidad. Una vez más, dicha distinción presenta un valor meramente indicativo, pues, ¿en qué lugar cabría incluir a la arquitectura, que posee claramente ambos fines, o a las modernas artesanías industriales? Incluso, en el caso de obras literarias, pictóricas, escultóricas, cinematográficas, etc., sería preciso delimitar el concepto de utilidad: para el anónimo dibujante prehistórico, su reproducción de un bisonte no poseía un fin primordialmente estético, sino que formaba parte de un ritual mágico favorecedor de la caza; para un teólogo como Lutero, los salmos que componía no eran sino modos de revelar a la gente la gloria de Dios. En ambos casos, como en tantos otros, el arte era un medio.

Pero, si lo contemplamos desde otro punto de vista, ¿puede afirmarse que el único objetivo del artista prehistórico era utilitario, que no existía un deseo de expresión creativa? Y aun si así era, ¿acaso hoy no consideramos arte a su obra, pese a que haya perdido por completo para nosotros su función original? Se hace evidente, pues, que resulta prácticamente imposible ofrecer una definición general del arte. El uso del término, y también su significado, se derivan de un criterio preestablecido, y de hecho el vocablo se emplea para designar muy diversos conceptos, aludiendo, por ejemplo, sólo a las Artes plásticas (se habla así en los programas escolares de la «historia del arte» excluyendo la literatura), o empleándolo tanto para la actividad artística como para el producto de ella resultante.

Cabe concluir, de manera amplia, que lo que determina la calificación de algo *como* obra de arte es simplemente el hecho de que constituya una actividad

humana que produzca en nosotros una respuesta estética; en este sentido, la definición sería aplicable tanto a las bellas artes como a las útiles.

Sin embargo, no es menos cierto que, en un arte útil como la arquitectura, lo que consideramos propiamente artístico no es su utilidad sino su componente estético, de igual manera que la admiración que sentimos por un ánfora griega no responde a su capacidad para portar líquido, sino a la armonía de sus formas.

Así pues, aceptando este sentido restringido del término, el problema consistiría en delimitar en qué consiste el componente estético, y qué formas expresivas puede adoptar. Ello implica, necesariamente, analizar desde una perspectiva histórica las concepciones que acerca del arte se han manifestado en las diferentes épocas.

B. Concepciones Históricas acerca del Arte

Hasta el siglo XVIII, la mayor parte de las reflexiones teóricas acerca del arte podían encuadrarse en dos amplios grupos: las que abordaban la cuestión dentro de una especulación filosófica general, y las que incidían en los aspectos puramente técnicos.

Las primeras se adscribirían a lo que en 1750 el alemán Alexander Baumgarten definiría como «estética»: una rama de la filosofía cuyo objeto no es la obra artística en sí misma, sino la belleza y lo bello según se manifiestan en el arte.

La génesis de esta concepción del arte como «espejo» de una realidad exterior, ya fuere de orden material o espiritual, se remonta a los pensadores griegos. Así, Platón identificaba la belleza con el bien, y Aristóteles, en su *Poética*, definía la literatura, y por extensión *todo* el arte, como **mímesis**, es decir, como representación. La labor del artista sería representar la realidad, extrayendo de ella sus partes más significativas; el arte consistiría, por tanto, en una representación racional de la realidad. Esta concepción persistiría hasta el romanticismo, incluso en aquellos autores que resaltaban el carácter «arrebatado» de la creación artística.

Así, en el siglo I, el anónimo autor del tratado *De lo sublime* resaltaba como una de las fuentes del arte elevado «da vehemencia y el entusiasmo en lo patético y emocional», pero no se recataba en afirmar que «el arte es perfecto en el momento en que parece ser la naturaleza».

Lo que aquí interesa, sin embargo, no son las tesis estéticas, sino el papel que la sociedad ha conferido a la producción artística a lo largo de su historia. Y, desde esta perspectiva, las variaciones fueron muy notables. En tiempos de la antigua Roma, predominaba una noción histórica del arte en virtud de la cual

éste se identificaba como un progreso continuo que había llegado a su culminación.

La representación no podía ya ser más perfecta, y así, si exceptuamos las aportaciones de la arquitectura, que no se consideraba propiamente un arte, los artistas romanos se dedicaron fundamentalmente a la imitación de los modelos clásicos griegos.

En el curso de la edad media, el arte se concibió casi de forma exclusiva desde una perspectiva religiosa, como exaltación de los ideales cristianos. Su objeto sería la glorificación de la majestad divina, y como tal la noción del artista individual quedaba oscurecida.

El Renacimiento trajo un replanteamiento de las tesis del clasicismo grecorromano, y con él volvió a enfatizarse la idea del arte como representación de la naturaleza. Sin embargo, los creadores renacentistas confirieron a las disciplinas artísticas una autonomía que hasta entonces no habían poseído y un cauce propio, reivindicándolas como una vía de conocimiento y penetración de la realidad que poseía medios y formas diferenciados. Leonardo da Vinci afirmaba que «la pintura es ciencia e hija legítima de la naturaleza, porque esa naturaleza la ha parido» y, por tanto, «con razón diremos que es descendiente de esa naturaleza y pariente de Dios»; por su parte, el inglés Francis Bacon no dudaba en considerar que «el arte es la naturaleza más el hombre». El artista, en consecuencia, no se limitaba ya a elegir rasgos significativos de la naturaleza, sino que, como el filósofo, penetraba en su conocimiento, pero por medio de otros métodos.

En el Renacimiento, según lo explica el especialista italiano Eugenio Garin, «el pintor debe descubrir el secreto de la *artifiziiosa natura*, o sea, debe pasar de la visión superficial a la profunda, para llegar a las razones de la experiencia, a la necesidad que vincula los efectos con las causas, y de ese modo compenetrarse él *mismo* con la causa».

Semejantes concepciones se aplicaban a las demás expresiones artísticas. La noción de autor adquiría, así, una nueva dimensión. Pero sería ya a fines del siglo XVIII y principios del XIX, con la eclosión del romanticismo, cuando las concepciones acerca del arte sufrirían una radical transformación. Ésta se articuló en torno a tres nociones básicas. En primer lugar, se confirió un papel decisivo al «genio» individual, al arte como expresión personal del artista y no ya como «representación». En segundo lugar, se revalorizó el arte popular, que pasó a considerarse creación colectiva y que, por tanto, dejó de sujetarse a unas reglas academicistas de apreciación, para entenderse como reflejo de lo que el alemán Johann Gottfried Herder llamó «el espíritu de los pueblos». Por último, se enfatizó el valor «social» del arte no ya como expresión, sino como medio para progresar en la justicia social; el francés Pierre-Joseph Proudhon, a este respecto, no dudó en afirmar que los únicos auténticos monumentos de arte que existían en París eran la cárcel de Mayas y el mercado de Les Halles, y que el arte debía ser «reformador y discriminador de valores».

La importancia que esta ruptura con las concepciones academicistas tendría sobre las manifestaciones artísticas posteriores es difícilmente exagerable. No existía ya una teoría establecida, un «canon»; cada movimiento aportó su propia tendencia, su concepción permitió asimismo la apertura de concepciones acerca del arte y el surgimiento de disciplinas como la historiografía o la sociología del arte, en las que ya no se pretendía, a diferencia de lo que ocurría en la estética, definir la belleza o dictar reglas a las actividades artísticas, sino «interpretar» éstas e integrarlas dentro de una teoría artística general. Los pioneros de las nuevas disciplinas fueron probablemente el francés Hippolyte Taine, cuyo método naturalista pretendía establecer las interconexiones entre la obra total del artista, las tendencias artísticas de su época y, en último extremo, el conjunto de la ideología social, y el suizo Jacob Christoph Burckhardt, quien en su magna obra *Die Kultur der Renaissance in Italien* (1860; *La cultura del Renacimiento en Italia*) acometió por vez primera la comprensión de las manifestaciones artísticas de un período histórico.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, fueron numerosos los intentos de abordar la problemática del arte desde las más diversas perspectivas. El enfoque sociológico fue desarrollado por autores como los alemanes Arnola Hauser y M. Wackernagel, quienes profundizaron en las tesis de Burckhardt, y, en un contexto más radical, por los pensadores marxistas. Los británicos Herbert Spencer y Grant Allen, inspirados en las teorías evolucionistas, desarrollaron una concepción organicista, llegando el segundo a afirmar que el placer estético es una respuesta «al máximo, de estimulación con el mínimo de fatiga». El alemán Max Dvorak, por su parte, formuló una teoría histórica del arte en la que éste era considerado como la expresión más elevada de los valores culturales de cada época, y un compatriota suyo, Heinrich Wofflin, llevó a cabo en *Kunstgeschichtliche Grundbegriffe (Conceptos fundamentales de la historia del arte)* una tentativa que ejercería gran influencia posterior: la reconstrucción de la historia del arte mediante la contraposición de categorías formales sin tener en cuenta la personalidad de los artistas, es decir, lo que él mismo llamó «una historia anónima del arte». La escuela psicoanalítica encabezada por Sigmund Freud, en fin, abordó la creación artística desde una perspectiva completamente opuesta a la de Wofflin, enfatizando la importancia de los procesos psicológicos inconscientes y llegando a considerar el «genio» como una forma peculiar de patología.

El siglo XX traería consigo un cuestionamiento de todos los presupuestos artísticos. El desarrollo de la abstracción en la pintura rompió por completo con la tesis clásica de la representación; literatura, por obra de los surrealistas o de autor como James Joyce, William Faulkner o Samuel Beckett, ha llevado la escritura a un punto dentro de los procesos mentales o lingüísticos y lo mismo cabe decir de otras muchas disciplinas artísticas, como la música, la arquitectura o la cinematografía, que en un tiempo muy corto de existencia ha supuesto un replanteamiento total de sus formas expresivas. La propia noción de arte como «producción» sería puesta en tela de juicio por movimientos como el dadaísmo

o, ya en la década de 1960, el arte conceptual, en el que el análisis intelectual del arte se convirtió en manifestación artística.

En realidad, tal vez lo que más diferencia a los movimientos artísticos recientes respecto a los precedentes es precisamente su aspecto conceptual, el hecho de que los propios creadores realizan sus obras a partir de una previa toma de postura intelectual.

Evidentemente, han seguido surgiendo escuelas historiográficas y estéticas en las que el arte es analizado de forma cada vez más acusada en relación con otras disciplinas; éste sería el caso del estructuralismo, que a partir de la lingüística llevó a un extremo radical las tesis formalistas de Wolfflin. Pero, a diferencia de siglos anteriores, no existe ya una «preceptiva», y son los artistas mismos quienes delimitan y deciden sus medios expresivos.

Hoy más que nunca, pues, resulta imposible delimitar el concepto de arte mediante su enfrentamiento o separación con respecto a otras disciplinas. Así, en su *Opera aperta* (Obra abierta), el italiano Umberto Eco proponía como tema de investigación «la reacción del arte y de los artista (de las estructuras formales y de los programas poéticos que las rigen) ante la provocación del Azar, de lo Indeterminado, de lo Probable, de lo Ambiguo, de lo plurivalente; la reacción, por consiguiente, de la sensibilidad contemporánea en respuesta a las sugerencias de la matemática, de la biología, de la física, de la psicología, de la lógica, y del nuevo horizonte epistemológico que estas ciencias han abierto». Pero, ¿qué diferencia entonces al creador contemporáneo del anónimo artista del paleolítico? Simplemente, el mundo en que viven, ambos comparten los dos primeros puntos de la definición de Kandinsky; se expresan por medio del arte, y lo hacen en una estrecha relación con la sociedad de su época. Lo que resta no es sino el tercer punto, lo pura y eternamente artístico, connatural al hombre en toda su historia; lo que resta es el arte en sí mismo, cuya única y posible definición no es sino su propia existencia.

C. Clasificación de las Artes

Tal como se ha apuntado en las líneas precedentes, el establecimiento de una clasificación de las artes es en buena medida una labor condenada al fracaso, dada la imposibilidad de establecer un criterio objetivo y universal

acerca del propio concepto de arte. Sin embargo, si se restringe el criterio a las disciplinas que tradicionalmente se han considerado artísticas o "bellas artes", es decir, aquellas cuyo fin primordial es proporcionar una impresión estética a su receptor, vemos que existen claras diferencias entre ellas. Por tanto, y atendiendo principalmente a los medios que cada una utiliza, se han establecido diferentes clasificaciones, que permiten al menos delimitar sus elementos constitutivos.

El primero que suscitó de forma precisa el problema de la distinción entre las artes fue el alemán Gotthold Ephraim Lessing, quien en su tratado *Laocoonte* analizó las interferencias del lenguaje poético en la pintura. En el siglo XIX, Robert van Zimmerman elaboró la siguiente clasificación de las artes de acuerdo con sus formas de representación:

1. Artes de representación material: arquitectura, escultura, etc.
2. Artes de representación perceptiva: pintura, música.
3. Artes de representación del pensamiento: poesía.

Estas distinciones, sin embargo, eran excesivamente vagas, ya que el autor reducía los elementos temporales a espaciales, a «representaciones», y no dudaba en afirmar que el ritmo no era sino una forma particular de la simetría. Por ello, se ofrece a continuación otra clasificación de las artes en función de sus medios expresivos:

1. Artes espaciales. Se incluirían aquí todas las artes plásticas. Cabría distinguir en este sentido las bidimensionales, como el dibujo y la pintura, y las tridimensionales, cual la escultura y la arquitectura. Características definitorias de estas artes serían su ubicación espacial, su atemporalidad -no implican un desarrollo en el tiempo- y el hecho de que el sentido principal cuyo concurso se requiere para su apreciación estética es la vista, por lo que también se han llamado «artes visuales».

2. Artes temporales. Serían todas las que implican un proceso en el tiempo. Suele distinguirse entre artes sonoras, como la música instrumental -que es además intermitente, es decir, no existe como tal arte sino cuando es ejecutada-, y artes verbales, entre las que se hallarían géneros literarios como la novela y la poesía.

3. Artes mixtas. Se entienden como tales las disciplinas artísticas en las que intervienen de manera combinada elementos propios de los dos grupos anteriores. El teatro, por ejemplo, aun siendo un género literario, incluye la representación espacial; la danza es a un tiempo espacial y temporal; y la ópera comprende además elementos verbales, al igual que la cinematografía.

Evidentemente, éste no es sino un sencillo modelo clasificatorio, sin pretensiones de exhaustividad. ¿Dónde se incluiría aquí, por ejemplo, el arte conceptual? Por lo demás, cabría establecer clasificaciones similares de acuerdo con muy distintos criterios, pero en todos los casos se producirían insuficiencias semejantes, lo que, en último extremo, no hace sino confirmar la imposibilidad de reducir la riqueza inagotable del fenómeno artístico a categorías formales.

Tal como se ha apuntado en las líneas precedentes, el establecimiento de una clasificación de las artes es en buena medida una labor condenada al fracaso, dada la imposibilidad de establecer un criterio objetivo y universal acerca del propio concepto de arte. Sin embargo, si se restringe el criterio a las disciplinas que tradicionalmente se han considerado artísticas o "bellas artes", es decir, aquellas cuyo fin primordial es proporcionar una impresión estética a su receptor, vemos que existen claras diferencias entre ellas. Por tanto, y atendiendo principalmente a los medios que cada una utiliza, se han establecido diferentes clasificaciones, que permiten al menos delimitar sus elementos constitutivos.

El primero que suscitó de forma precisa el problema de la distinción entre las artes fue el alemán Gotthold Ephraim Lessing, quien en su tratado *Laocoonte* analizó las interferencias del lenguaje poético en la pintura. En el siglo XIX, Robert van Zimmerman elaboró la siguiente clasificación de las artes de acuerdo con sus formas de representación:

1. Artes de representación material: arquitectura, escultura, etc.
2. Artes de representación perceptiva: pintura, música.
3. Artes de representación del pensamiento: poesía.

Estas distinciones, sin embargo, eran excesivamente vagas, ya que el autor reducía los elementos temporales a espaciales, a «representaciones», y no dudaba en afirmar que el ritmo no era sino una forma particular de la simetría. Por ello, se ofrece a continuación otra clasificación de las artes en función de sus medios expresivos.

1. Artes espaciales. Se incluirían aquí todas las artes plásticas. Cabría distinguir en este sentido las bidimensionales, como el dibujo y la pintura, y las tridimensionales, cual la escultura y la arquitectura. Características definitorias de estas artes serían su ubicación espacial, su atemporalidad -no implican un desarrollo en el tiempo- y el hecho de que el sentido principal cuyo concurso se requiere para

su apreciación estética es la vista, por lo que también se han llamado «artes visuales».

2. Artes temporales. Serían todas las que implican un proceso en el tiempo. Suele distinguirse entre artes sonoras, como la música instrumental -que es además intermitente, es decir, no existe como tal arte sino cuando es ejecutada-, y artes verbales, entre las que se hallarían géneros literarios como la novela y la poesía.
3. Artes mixtas. Se entienden como tales las disciplinas artísticas en las que intervienen de manera combinada elementos propios de los dos grupos anteriores. El teatro, por ejemplo, aun siendo un género literario, incluye la representación espacial; la danza es a un tiempo espacial y temporal; y la ópera comprende además elementos verbales, al igual que la cinematografía.

Evidentemente, éste no es sino un sencillo modelo clasificador, sin pretensiones de exhaustividad. ¿Dónde se incluiría aquí, por ejemplo, el arte conceptual? Por lo demás, cabría establecer clasificaciones similares de acuerdo con muy distintos criterios, pero en todos los casos se producirían insuficiencias semejantes, lo que, en último extremo, no hace sino confirmar la imposibilidad de reducir la riqueza inagotable del fenómeno artístico a categorías formales.

D. Arte Efímero

Las técnicas artísticas que tienen como soporte al cuerpo humano incluyen al cuerpo ornamentado, tienen características efímeras que generan fenómenos estéticos que se consuman como arte al mismo tiempo que son consumidos como producto; son al mismo tiempo, expresiones del rito y de la fiesta en grado máximo, y permanecen en la cultura consumista e industrial, desprovistas, tal vez, del carácter religioso, pero como expresión de un *status* social diferenciante y simbólico, sometido a la ley del consumo y del ocio.

El concepto de arte en occidente no coincide con el de otras culturas y momentos históricos. Nuestro etnocentrismo nos hace ver las manifestaciones de otras culturas e incluso las nuestras, de una manera parcial.

Desde el renacimiento se desarrollaron manifestaciones plásticas, principalmente visuales y sonoras que se denominaban obras de arte, mientras eran admitidas así como una teoría, una normativa estética o una reflexión histórica.

Según la clasificación del teórico y arquitecto florentino Leon Battista Alberti, se consideraba a la escultura, pintura y arquitectura como artes mayores y formaban parte de un museo o una colección, mientras las demás disciplinas, las artes menores eran consideradas como artes ornamentales o decorativas y eran de orden secundario, algo complementario, con vida fugaz y efímera que no eran coleccionables.

Las instituciones oficiales, como son las academias, los salones de exhibición, la crítica de arte y los museos, además de la historia del arte, que fundamentada en las anteriores, parten del supuesto de que las obras de arte son las que se pueden normalizar, enseñar y vender, puesto que no tenían un destino concreto, no surgían por encargo, directo de la creatividad del artista, confirmando que el valor artístico es algo inherente a los propios objetos.

Las obras de arte coleccionadas por los museos, como los objetos de las colecciones principescas o eclesiásticas, exvotos, ofrendas religiosas, lenguaje de la fiesta civil o religiosa o simplemente objetos producidos para ser arte, actualmente se consideran obras de arte válidas en sí mismas, por su rareza, técnica, singularidad, autoría, antigüedad o como documentos culturales pertenecientes a épocas pasadas.

El arte como actividad creativa y como producto, se estudia desde el punto de vista de la estética y desde el campo de la historia del arte. Pese a las concepciones metodológicas como la sociología y psicología del arte, los fenómenos artísticos exigen una consideración más intensa desde la antropología.

En el orden que se ha querido dar a los fenómenos artísticos, surge una diferenciación, en la que, por un lado, se considera la actividad fabricante de las cosas que cubren las necesidades vitales; trabajo, ciencia y técnica y por el otro lado, la creatividad artística, pero entre esto, quedan una serie de fenómenos que no están claramente incluidos en ninguno de los anteriores, pero que se influyen de todas ellas, pero por su carácter efímero y fungible, se les denomina con palabras como moda, adorno, frivolidad festiva o entretenimiento. Dicho de otra manera, arte es lo coleccionable y museable, lo perenne; lo efímero que no es coleccionable ni museable, es otra cosa.

El arte es un proceso configurante de una realidad que se consume cuando se consume y se recrea, consumiéndola de nuevo, porque se transforma con el tiempo ya que la hace cambiar de significado, la obra de arte, el artefacto es el medio por el cual se produce el resultado final, es decir, la interacción entre la obra y el receptor.

La obra artística es la experiencia viva que se recrea al consumirse el objeto museable, pero precisamente, lo que no es museable, lo efímero, lo que tiene el

valor simbólico es el fin que se pretende como arte, el fin que se quiere, lo que queda es un resto, un artefacto, que se descontextualiza y desfuncionaliza. Por ello el arte es en principio efímero, es decir, deja de ser arte cuando se ha consumido o ha perdido la función que cumplía cuando se hizo.

En el fondo lo que se trata, es de buscar los mecanismos de escenificación, los códigos de representación figural o los sistemas que fija cada cultura para representar su mundo simbólico a través de las formas o fenómenos plásticos de la cultura, para representar el mundo simbólico de cada cultura.

El término de arte efímero se ha restringido para denominar las manifestaciones plásticas utilizadas en ciertos momentos celebrativos y festivos, en las que se emplean variadas manifestaciones artísticas que tienen una duración limitada a la festividad y luego son destruidas porque el material se preveía con un destino fugaz, temporal y efímero.

Se deben considerar también las manifestaciones que conllevan un producto estético, como en las que el hombre sirve de soporte, los espacios y los materiales que componen el escenario: los vestidos, los peinados, perfumes, determinados maquillajes y pinturas, los alimentos y comidas especiales, vegetales, los elementos de luz, aire y agua. Estos elementos, organizan los mecanismos o sistemas escenificativos del mundo simbólico de cada cultura, el ámbito profano o religioso, el tiempo, el espacio, el rito y el espectador. El arte se debe considerar como un todo que integre, tanto al artefacto perenne, como al efímero.